

Leyenda de antaño y realidad de siempre

• Mis estudios di al olvido...
El discurso a mi pasión
Mis esperanzas al viento,
Y al desprecio mi razón.

(Calderón, *«El Mágico Prodigioso»*,
Esc. XVIII; Jornada II).

El hombre y el mundo, el *yo* y el *no yo*, son las dos realidades que últimamente nombran y definen, especifican y señalan las causas visibles de toda la actividad y de todo el movimiento que alcanzamos a percibir y cuya descripción quizá podría decirse que es la historia entendida en la más universal y comprensiva de sus acepciones.

Por una parte el universo sensible de múltiples y siempre renovadas apariencias, guardador de energías al parecer inagotables, que cuando ya están para aniquilarse y fenecer en una forma, luégo se revelan tocadas por el ingenio humano, en otra más potente, a la manera que el petróleo, llegando por decirlo así al límite de sus posibilidades como agente inmediato de iluminación, reveló y echó de sí una fuerza explosiva de fabulosas proporciones.

Más, por otra parte, subsiste el universo interior humano, que es pensamiento y querer, sentimiento y emoción, divinas y misteriosas energías que a veces como que yacen adormecidas y embotadas en un secreto inaccesible y a veces prorrumpen avasalladoras y son virtud mágica que desentraña y combina los poderes que se encierran en el otro universo y los explota con la ciencia o los sublima y transfigura con el arte.

De un lado se muestra el Cosmos, en donde todo efecto es seguramente previsible porque las causas que en él juegan no pueden reprimirse ni detenerse una vez que se hallan en campo despejado y competente. Y de otro lado, está el mundo estrictamente humano en donde hay causas que teniendo expedito el camino para llegar a la acción que les es proporcionada son muy dueñas de quedarse en

suspense, de negarse a producirla, o de aplicarse a ella, ora con flojedad, ora con vehemencia. Por lo cual, en ese mundo humano, apenas hay lugar para la conjetura y la probabilidad, mas no para antever con plena y matemática certidumbre.

A una parte se mueve el universo, cuyos elementos puestos en identidad de circunstancias, reaccionan siempre de la misma manera, y a otra parte, se mueve el hombre cuyas energías engendran diversas y aun contrarias resultantes en presencia y al contacto de un mismo fenómeno o influjo. El tornasol no puede dejar de enrojecer tocado por un ácido, pero el hombre desestima hoy lo que ayer le llenó de entusiasmo, y de uno a otro momento experimenta el vigor de la fortaleza o el cansancio de la desilusión ante un mismo objetivo, conforme a lo que decía Pellico:

*“E quel'io che poc anzi era forte
Or mi sento di speme languir”*

Allá, fué de nosotros, está el mundo que solemos llamar “la naturaleza” y que abandonado a sí mismo y no obstante las capacidades inimaginables que atesora, es incapaz de renovarse y mejorar por propio impulso o de alterar los rumbos de actividad que de suyo le corresponden. Aún se podría decir, viendo lo que acontece con las plantas y con los animales, que todo el ímpetu vital que los obliga a proveer a su conservación, no compensa ni equilibra el desplome biológico engendrador de caducidad y desmejoramiento irremediables. Y acá, dentro de nosotros, el inundo racional y afectivo, urgido por un afán de constante perfección, empeñado siempre en servirse de los hallazgos de hoy para multiplicar las perspectivas de mañana, e incansablemente atento a desafiar y a vencer esa especie de contradicción u oposición universal que de no ser combatida le abrumaría y que, contrastada por el ingenio, ha producido salud, cultura y adelantamiento.

Allá, en torno nuéstro, un mundo que se acrecienta y multiplica sus alcances, se ordena y se encamina a fines superiores únicamente merced al influjo que recibe del hombre y al imperio que su inventiva y su discurso ejercen sobre todas las cosas materiales. Y acá en nuestro interior, un mundo que contemplándose y modificándose a sí mis-

mo realiza estados de tanta trascendencia como la paz y la zozobra, el amor y el odio, el arrojo y la timidez, la magnanimidad y el apocamiento, y otros innumerables hábitos o disposiciones que regulan y condicionan la influencia dichosa o adversa que proviene del universo físico y de su conocimiento. Que es lo que hacía decir a Pascal: "La ciencia de las cosas exteriores no suplirá la ignorancia de la moral cuando me sobrevenga la tribulación; mas la ciencia de las costumbres me consolará en todo tiempo, aun cuando carezca de las ciencias externas". (67 B.)

En suma, allá afuera un mundo henchido de fuerzas y energías cuya significación y desarrollo dependen del hombre, se atemperan a sus investigaciones y combinándose al tenor de sus propósitos, han hecho posible la ciencia, la industria y el arte de que hoy nos ufamamos y han producido juntamente un complicadísimo acervo de bienes y de males cuyo balance último no sabemos con evidencia si nos es favorable o desfavorable. Y acá adentro, este otro mundo de ideas y de voliciones y de pasiones cuyo temple define en postrimera instancia el sosiego o la desdicha personales, el sobresalto y el temor, la apacibilidad y la entereza, el tedio o la inquietud que inevitablemente se aposentan en el fondo de nosotros mismos, y que se hacen sentir tan pronto como quedamos en soledad y apartamiento. Mundo es éste que al fin y al cabo, impera sobre el otro y consciente o inconscientemente lo obliga a traducir sus emociones o a coadyuvar a sus intereses. Diré, en fin, que si los resultados de la exploración del mundo externo, van quedando depositados en los libros de ciencia, los descubrimientos que se han realizado en este mundo interno, unas veces se archivan sistemáticamente en las obras de los moralistas y otras veces se guardan con viveza y actualidad palpitantes, con frescura o violencia triunfadoras de toda limitación temporal o local, en las invenciones impecederas de Shakespeare y Goethe, de Alighieri y de Cervantes, en las leyendas populares que con multitud de formas han preocupado a la humanidad y sirvieron de tema inagotable, así a los poetas, dramaturgos y novelistas cuyos nombres nos son familiares, como a los bardos misteriosos que en remotísimas centurias consignaron en un orden divino las tribulaciones vencidas por el Justo de Idu-mea y en un orden humano el coloquio excelso de Krishna con Arjuna.

Enamorado de las magnificencias del mundo externo y atento a los prodigios que en él puede realizar a poder de inteligencia el hombre a veces olvida, a veces menosprecia, a veces desconoce el mundo interior. Capaz como es de crear orden y concierto fecundos fuera de sí, adolece de rara negligencia cuando se trata de su dominio interno, y es lo trágico de este desequilibrio que por una ley de justicia inmanente, el desorden y el desgreño que tal vez reinan en este último, perturban las armonías y tuercen los hallazgos que va realizando en el otro dominio. Ni es menos cierto que los ensanches y descubrimientos que se logran en el universo material y sensible deben ser primeramente ocasión y motivo para que se amplíe y perfeccione el universo que palpita dentro de nosotros.

Quiere decir esto que con ser tan diversos el mundo interior humano y el exterior que nos circunda, es imposible suponerlos desligados: ni aquél se levanta a la generalidad de los conceptos que es propia de la ciencia, o a la dominación, que es fruto de la actividad racional, sin el concurso de las imágenes y percepciones que la naturaleza le suministra mediante los sentidos, ni el mundo externo puede lograr incremento y descogerse sin la intervención descubridora del hombre. Los dos son para en uno, podría decirse en este caso, acogiéndonos a un viejo modismo.

Y hé aquí que la tentación fundamental del hombre consiste cabalmente en prendarse de lo exterior y rendirse al hechizo de lo sensible y palpable, de tal manera que deje abandonado el imperio de sí mismo en lo interior. Que si el mundo está hecho para el hombre, al hombre le corresponde sojuzgarlo mediante su propio engrandecimiento; y si hubo quienes lo apellidaron *microcosmos*, el teólogo de Oriente, san Gregorio de Nazianzo, corrigió esta idea como injuriosa a la nobleza de la criatura racional y llamó al hombre "mundo grande encerrado dentro de este pequeño que es la naturaleza": "Cosmon en mikro megan" (Orat. 38 n. 17) con lo cual dio a entender que el espíritu humano hecho para subir hasta el consorcio con la infinitud de Dios, transpasa los linderos de todo lo visible.

Reducirlo a ellos. subordinarlo y encogerlo de suerte que toda su actividad y todo su anhelo perfectivo queden circunscritos y aprisionados por esta esfera de lo material, es un linaje de mutilación o menoscabo que no solamente constituye el "pecado típico", sino que al decir de Santo

Tomás de Aquino, es la causa verdadera de todo cuanto se nombra vicio o pecado (1). Como ilustración de este mismo pensamiento he querido citar aquí un pasaje en que Conan Doyle describe cierta antiquísima catástrofe a que alude Platón en el Critias y que para nosotros se halla indubitablemente registrada en la narración bíblica del diluvio (2).

La tendencia al goce de lo sensible y a la explotación de lo material, con olvido y con abstracción del espíritu y de su gobierno, que es la raíz más o menos patente de todos los descarríos humanos, apunta en el relato que hace el Génesis de la caída original, cuya ocasión fue precisamente aquel fruto vedado, "bello a los ojos y deleitable por su aspecto", simbolo exacto de todos los incentivos que enardecendo la concupiscencia pueden dar al traste con el dictamen racional. Ni es otro el significado de las voces melodiosas de las sirenas que atraían blandamente a los navegantes para perderlos, y que hubieran vencido la vo-

(1) Ex hoc autem vitia et peccata in hominibus proveniunt, quod sequuntur inclinationem naturae sensitivae contra ordinem rationis (I. II. 71. 2).

(2) "We were then shown the faces of those who lived in that golden age, mise and venerable old men, virile warriors, saintly priests, beautiful and dignified women, lovely children, an apotheosis of the human race. Then come pictures of another sort. We saw wars, constant wars. . . . We saw treasures heaped upon the victors, but even as the riches increased, the faces became more animal and more cruel. Down, down they sank from one generation to another. We were shown signs of lascivious dissipation or moral degeneracy, of the accretion of matter and decline of spirit. . . . we had a glimpse of a people who were restless and shallow, rushing from one pursuit to another, grasping ever at pleasure, forever missing it and yet imagining always that in some more complex and unnatural form it might still be found. There had arisen on the one hand an over-rich class who sought only sensual gratification, and on the other hand an over-poor residue whose whole functions in life was to minister to the wants of their masters, however evil those wants might be. . . . such was the fate and such the causes of the fate, which overwhelmed the great land of Atlantis" ("The Maracot Deep", Ch. IV).

luntad y juicio de Ulises si la benéfica rudeza de Euríloco y Perimedes no lo preservaran de esas ninfas marítimas.

"Who as they sung would take the prisoned soul"

según dice Milton. Y obsérvese aquí de pasada una curiosa concordancia entre el Génesis y la Odisea: en ambos se inicia la tentación en el mundo de lo sensible y material, y en ambos se corrobora con la promesa y señuelo de una ciencia superior: "Se os abrirán los ojos y seréis como dioses, sabedores del bien y del mal", anuncia el demonio en la página inspirada; "Regresarás a tu patria conociendo muchas más cosas", dicen las sirenas en la página épica, "porque aquí sabemos lo que griegos y troyanos sufrieron por decreto de los dioses en la vasta Ilión, y sabemos también lo que acontece en la tierra fecunda".

Con entrambos textos podría abonarse ampliamente la doctrina de que la avidez de multiplicar descubrimientos que aprovechen, y de bucear en los arcanos de la naturaleza, no es reprobable ni dañina sino cuando se satisface a expensas de la rectitud interior y con abandono de esa labor perfectiva de sí mismo, embellecedora del alma y ordenadora de su actividad, que debe ser la primera entre las solicitudes del hombre. Así lo entendieron los antiguos al proponer como máxima fundamental de la sabiduría el "Conócete a ti mismo".

Entendido esto, podríamos preguntarnos qué ha hecho el hombre para llevar adelante la conquista de la naturaleza y de sus energías en beneficio propio. Y me parece que si por una parte es notorio que en todo tiempo se empleó solícitamente en este menester, porque a ello le impele una fuerza ínsita, por otra, es innegable que los medios de que ha echado mano, y el ánimo con que ha ido excoyéndolos, difieren muchísimo según las épocas. Hablando en general, hoy procede con suma confianza en su inventiva, y ante los múltiples, sucesivos y crecientes problemas que su propia pericia le presenta, ante los horizontes cada vez más dilatados que se abren a su diligencia investigadora, se siente mejor provisto de capacidades, potencias e instrumentos que le permiten resolver los unos y ocupar los otros. Mas por allá en días muy remotos, cuando la fantasía y aun cierta manera de intuición le obligaban a concebir la misteriosa grandeza del mundo, pero se

veía juntamente inerte y desapercibido para explorarla, débil y flaco para subyugarla, me imagino que acudiría a su espíritu la idea de suplir sus deficiencias haciendo alianzas, pactos y confederaciones con poderes ocultos e inteligentes que presentía con vaguedad y confusión algunas veces, que suponía siempre dominadores del universo material, y que llegó a identificar con aquél que en el monte de la tentación le ofreció a Jesucristo la pujanza y la gloria de este mundo, porque —así dijo el Maligno— “todo ello está a mis órdenes y lo doy a quien me place”. Por tales caminos, si no estoy equivocado, se afianzó y se precisó el ejercicio de la magia entre los pueblos occidentales; por tales sendas y encrucijadas fueron ellos a encontrarse con ese que muchos siglos más tarde había de llamarse Mefistófeles.

¡Con qué variedad de apariencias y de peregrinos atalajes se muestra, ora en los siglos primeros de nuestra edad, ora en el Medioevo, ora en los días del Renacimiento! Simón el mago, Cipriano de Antioquía y Teófilo de Adana al principio de la era cristiana, andan ya en tratos diabólicos sumamente análogos a los que hizo Fausto en la tragedia goetiana; la Edad Media es, sin comparación, fecunda en narraciones y consejas fundadas en pactos satánicos negociados por personajes históricos o ficticios. De ahí nacieron las leyendas de Militarius, Merlin, Roberto el diablo, Tannhauser y Bacon que quizá tuvieron influencia en la conocidísima del doctor Fausto.

El cual, según afirma H. Lichtemberger, existió realmente por los años de 1480 a 1540. No fue un personaje extraordinario, ni es posible atribuirle dotes superiores o geniales, aun cuando, por las trazas, sí puede calificarse de curioso y pintoresco. Hay quienes le tengan por un charlatán audaz que para mejor dominar las multitudes ignoras se propuso inculcarles sistemáticamente la certidumbre de que tenía pacto con el diablo. Piensan otros que era un alucinado que creía a pie juntillas hallarse en contacto íntimo y frecuente con los demonios y disfrutar de la asistencia invisible de un espíritu familiar. Lo más probable es que se trate de un sujeto medio excéntrico y medio iluminado, de quien no se sabrá nunca hasta dónde fue llevado por su propia sinceridad y hasta dónde hizo sufrir a los demás el despotismo de la superchería. El autor citado, condensa la biografía auténtica del doctor Fausto en estas pa-

labras: “Il se promena de par le monde, tantôt prospère et tantôt misérable, pauvre hère et fanfaron d’impiété, suppot de Satan doublé d’un Panurge, a la fois irritant, risible et pitoyable”.

Sea lo que fuere de estas hipótesis, es lo cierto —y conviene anotarlo en gracia de la teoría que se propondrá después—, que la leyenda de Fausto, prosperó señaladamente entre los estudiantes de las universidades tal vez porque el doctor frecuentó con asiduidad las de Erfurt, Leipzig, Wittemberg e Ingolstadt. Cuéntase que en la de Cracovia estudió magia, que se graduó de teólogo en Wittemberg y que enseñó en Ingolstadt. De sus vastos conocimientos acerca de la antigüedad clásica, se hacen lenguas los contemporáneos, y no faltan los que para ponderar esa estupenda erudición afirman que Fausto evocó ante los estudiantes a la famosa Helena de Grecia. Cortejáronle, en fin, con notable constancia y admiración los universitarios, quienes le acompañaron en sus últimos momentos y se hicieron cargo de la biografía del doctor, obra de su discípulo Wagner, la cual, completada por los estudiantes con la noticia del fin dramático de Fausto, vino a constituir el fondo del “libro popular” o “Volksbuch”, cuya primera edición apareció en Francfort, impresa por Johann Spiess, año de 1587.

El “Volksbuch” tenía un intento doctrinal y moralizador muy patente. Su autor —habla Lichtemberger— critica y vitupera la curiosidad desatentada y el antojo irracional de placeres materiales que predominaban entre la mocedad de Wittemberg. Censuraba, otrosí, la presunción intelectual y el relajamiento religioso que por entonces se aliaban con el ansia de averiguar los secretos de la hechicería y del ocultismo, y advertía, en fin, la existencia de un lazo psicológico entre la incredulidad, los conatos de investigación esotérica, la práctica de la magia blanca o negra, el libertinaje moral, y aun la depravación.

En resumidas cuentas, el Fausto del “Volksbuch”, bajo las apariencias de una leyenda popularísima, contiene una grave admonición a la juventud de aquel entonces y una voz de alerta, saludable en todo tiempo, contra el desequilibrio que consiste en lanzarse sin reparar en medios ni en razones a la conquista y dominio del mundo exterior, de sus ventajas y deleites, haciendo caso omiso de la disciplina interior creadora de valores morales e indis-

pensable para regular los adelantamientos que van lográndose en el universo material, y que desprovistos de ese control, llegan a originar los más angustiosos conflictos humanos.

El Fausto del Renacimiento, entendido de esta manera, tenía un antecedente remotísimo en la historia de Cipriano de Antioquía, que pertenece al siglo IV. Si entre la historia y la leyenda existe un parentesco próximo que pudiéramos llamar literario, es problema difícil de resolver; en cambio la semejanza o coincidencia ideológica de las dos parece mejor fundada, haciéndose eso sí, la salvedad de que en la historia de Cipriano, el desequilibrio del hombre se contempla más en concreto que en la leyenda de Fausto. La perdición de Fausto obedece en realidad al influjo acumulado de diversos incentivos, mientras que la de Cipriano comienza en la curiosidad desaforada que le impele a "querer verlo, saberlo y adivinarlo todo" y luego se fija y se condensa, se cristaliza y toma cuerpo en la obsesión frenética y exclusiva con que persigue la hermosura de Justina.

Las aventuras del mago de Antioquía han sido objeto de copiosas y eruditas disertaciones recogidas y admirablemente comentadas por los Bolandistas en las "Acta" de Septiembre. Porque es de saberse que la conversión de Cipriano y el martirio, que fue coronamiento de su vida, le dieron entrada en los fastos hagiográficos y le colocaron entre los bienaventurados a quienes la Iglesia Católica tributa culto público y oficial. Mas, por ahora, dejaremos aparte lo que es pura y auténtica historia, para considerar el simbolismo a que ella se presta y que quizá tuvo ante los ojos Calderón de la Barca al escribir "El Mágico Prodigioso", traslado y versión dramáticos de sucesos cumplidos doce siglos antes, tentativa de poner al alcance de la inteligencia común uno de esos temas fundamentales que siempre se esconden bajo las armonías y disonancias de los casos humanos.

No se aparta Calderón en su drama de los datos históricos al introducir a Cipriano como estudiante, ni yerra al atribuirle como cualidades peculiares y características el anhelo de conocimientos y la sensibilidad hervorosa e inquieta. El uno y la otra parece que multiplican los puntos de contacto y las relaciones con el mundo exterior, y por este aspecto pueden ser ocasión o instrumento de un vivir

muy intenso y presuroso que San Agustín compendia en el apetito vehemente" de amar y ser amado".

A los principios, Cipriano no es más que un estudiante diligentísimo y tan dado a tratar y resolver cuestiones de orden estrictamente intelectual y especulativo que por aplicarse a ellas se aparta de los públicos regocijos, huye de las fiestas y del ruido, y se confina en un silencioso apartamiento:

*"En la amena soledad
De aquesta apacible estancia,
Bellísimo laberinto
De árboles, flores y plantas,
Podéis dejarme, dejando
Conmigo (que ellos me bastan
Por compañía) los libros
Que os mandé sacar de casa;
Que yo.....
Huyendo del gran bullicio
Que hay en las calles y plazas,
Pasar estudiando quiero
La edad que al día le falta....."*

(Escena I; Jornada I)

Moscón y Clarín, criados de Cipriano y antítesis de sus aficiones, le dejan como él quiere y como a ellos les conviene para contentar las muy ordinarias, baratas y vulgares que los entretienen. Gentes son amigas del estruendo y de la vocinglería, mal avenidas con las finuras del pensamiento y bien halladas con el desenfado chocarrero de los que andan tras del placer fácil y sin complicaciones. Ruar alegremente y darles suelta a sus propósitos burdamente livianos es lo que les interesa, y lo que a todo lo largo del drama los mantendrá en perpetuo contraste con las sutilezas, con las fantasías y con las inquietudes que más adelante pondrá Cipriano al servicio de una pasión materialmente idéntica a las de sus criados. Mas por ahora, ¡qué lejos está de sospecharlo!

*Ya estoy solo, ya podré
Si tanto mi ingenio alcanza,
Estudiar esta cuestión*

*Que me trae suspensa el alma
Desde que en Plinio leí
Con misteriosas palabras
La definición de Dios”.*

La estudiosa concentración de Cipriano no dura mucho. Si sus servidores hubieran insistido en sacarle de ella para que compartiera los placeres adocenados que les enamoraban, jamás habrían logrado desquiciarle de su constancia. Para rendirlo y traerlo a esta condición en que el hombre hace tabla rasa del juicio recto y se atempera a la sensualidad, era preciso tentar otros caminos y empezar hablándole en el único idioma que por entonces entendía, y que era el del entendimiento y el del escrutinio puramente científico. Así procedió en esta coyuntura el demonio, que con apariencias de letrado andariego, se hizo el enconadizo con el estudiante y lo enredó luégo en una prolija y abstracta discusión donde menudearon los silogismos, “distingos”, “concedos” y “niegos” del más auténtico sabor escolástico. Lo cual no significa en manera alguna que de la ciencia y de las artes del discurso haya un tránsito natural y obvio a los desórdenes y siniestros de las concupiscencias, lo que sería grandísimo disparate con sus puntas y ribetes de heterodoxia, sino que la inteligencia puede llegar a presumir tanto de sí misma que olvide sus limitaciones y se erija en juez último e inapelable del bien y del mal, del error y de la verdad, linaje de orgullo intelectual que por sus pasos contados nos induce a absolver y aun a autorizar los peores descarríos y las más inhumanas conclusiones si cuadran con nuestra utilidad o deleite.

De este proceso implícitamente contenido en la escena tercera de “El Mágico Prodigioso” y claramente expuesto como tema capital en el “Volksbuch”, Calderón de la Barca cuidó de mostrarnos (me atrevo a creer que con alguna brusquedad), el remate o paradero que había de tener, según la intención del demonio. El cual después de discurrir muy filosófica y teológicamente con Cipriano, lo deja engreído de su sabiduría y agudeza, pagado y contento de sí mismo y a mayor abundamiento con la presunción de haber vencido en la contienda y de haberle dado tapaboca al contrincante ocasional con ser tan aquilutado su saber.

*“....¿Quién deja
De sentir que otro le haga
Competencia en el ingenio?”.*

dice, en fin, el demonio, como disimulando su derrota y ponderando la superioridad de Cipriano, de quien se despidió incontinenti con toda la sarcástica y amenazante ironía que entrañan estas palabras murmuradas para sí:

*..... ¡Quedad en paz!
(Ap.) Pues tanto tu estudio alcanza,
Yo haré que el estudio olvides
Suspendido en una rara
Beldad”.*

La intervención de Clarín y Moscón en este drama da pie para algunas consideraciones que quizá no sean impertinentes. Ellos representan o personifican aquí al truhan o gracioso que casi nunca falta en el teatro de Lope y Calderón, y aun pudiera decirse, en la escena española. Sus creadores y maestros parece que tuvieron empeño en contraponer, para mayor regocijo de los auditorios y para darle más relieve a la acción, dos nociones o interpretaciones del suceso que dramatizaban. Una era la de los personajes de más viso que se regían por las ideas, leyes, costumbres y prejuicios que a la sazón informaban el mundo o determinaban un estado de cosas; otra era la interpretación llana, espontánea y sin artificio que el pueblo daba a ese mismo suceso. Y era natural que si la primera se manifestaba en formas convencionales, a veces rebuscadas y a veces grandilocuentes, la segunda se hiciera sensible con tosquedad desaliñada, con ingenuidad maliciosa y hasta con bufonerías truculentas. De este contraste de nociones procede, si no estoy equivocado, cierto realismo de buena ley que ayudó a mantener la solidez y dignidad del teatro español aun en los días del culteranismo triunfante. Ni ha de olvidarse que tal procedimiento lejos de ser un simple recurso artístico o una imitación de otras literaturas, obedecía a la índole misma del pueblo hispano, ya que se observa no solamente en el teatro, sino que llega a su máxima amplitud en la epopeya cervantina, y de tal modo, que constituye allí el centro y núcleo de toda la acción y hace de Sancho Panza no el gracioso consabido de los dra-

mas, personaje secundario que sólo a ratos y como por casualidad interviene en el anudarse y resolverse de la intriga, sino una figura de primer orden absolutamente indispensable para lograr la inteligencia del poema. Más aún: las dos visiones de la vida y de sus acaecimientos que los dramaturgos clásicos atribuían a personajes distintos, se hallan en Don Quijote asignadas en apariencia al hidalgo y al escudero, pero en realidad ni el uno ni el otro se atienden exclusivamente a su papel: Don Quijote habla y obra en ocasiones como Sancho el socarrón, y Sancho experimenta en otras las ambiciosas fantasías de Don Quijote. Con lo cual pienso que Cervantes se anticipó a muchos nobles autores que con psicología tan penetrante como la de Ibsen, pusieron en un mismo sujeto esas dos maneras de interpretar los sucesos y aventuras humanas y a ratos, urgidos por la pasión o dominados por las circunstancias, se aplican con ardor y vehemencia a un empeño que contemplado y discutido a sangre fría y con las meras luces del sentido común, se les mostrará como un triste desatino, o viceversa. El verdadero personaje dramático, según esto, contendrá en sí las dos virtualidades que el teatro clásico acostumbró separar, la tesis y la antítesis que se encarnaron en Don Quijote y Sancho, la misteriosa dualidad que hace tan patéticamente enigmático al príncipe Hamlet.

Volviendo ahora a los servidores de Cipriano, Clarín y Moscón, me imagino que las pocas veces que hablan en "El Mágico Prodigioso" lo hacen para satirizar rudamente los desvanecimientos de su amo y las habilidades tortuosas que pone al servicio de un amor desapoderado. Si el estudiante de Antioquía persigue a la hermosa Justina, los dos mozos andan tras de la criada Livia, tan celosos el uno del otro en estilo plebeyo, como lo están Lelio y Floro en estilo cortesano; si Justina, es prototipo de honor y de recato, Livia lo es de cinismo y desvergüenza; si Cipriano declara su pasión con inacabables circunloquios, finezas y metáforas, Clarín la juzga en estos términos medio burlescos y medio atrevidos:

*"En tanto que mi señor,
Livia, triste y discursivo,
Está de esqueleto vivo
Desengañando su amor,
Dame los brazos..."*

(Escena III; Jornada II)

Si, finalmente, Cipriano acude al demonio y pacta con todas las solemnidades que son propias de la más negra y pestilente magia y que concluyen con la temerosa estipulación escrita, para la cual

*"Pluma será este puñal,
Papel este lienzo blanco,
Y tinta para escribirlo
La sangre es ya de mis brazos.*

Si esto hace Cipriano, Clarín no se queda zaguero en punto de hechicerías, y a vueltas de hablar con equívocos groseros de Livia, pide también al diablo que le favorezca y auxilie en sus no nada honestos propósitos, mas con la sorna y la bellaquería que se manifiestan en este ofrecimiento de un pañizuelo desaseado para extender el compromiso

*"Porque, en fin, no te he hecho
Cédula con la sangre de mi pecho,
En este lienzo ahora
(Nunca le trae más limpio quien bien llora)
La haré, para que más te encandalices,
Dándome un mojicón en las narices;
Que no será embarazo
Salir de las narices u del 'brazo..."*

Clarín es, en suma, una parodia del personaje principal del drama, de sus sentimientos y de sus invenciones supersticiosas. De presumir es que Calderón lo imaginó para hacer sensible la diversidad de efectos que una misma pasión puede obrar según sea la índole y condición de los hombres, o para que los espectadores se hicieran cargo de que las alambicadas sutilezas y las estupendas maniobras de Cipriano no encubrían sino esa misma codicia de posesión brutal que tan desgarrada y soezmente saltaba a los ojos y a los oídos en el porte de Clarín y Moscón. Que era en otros términos, hacerle entender al auditorio que en faltándole a Cipriano la rectitud moral, ley y decoro del mundo interior, toda su ciencia, y todo su refinamiento y peregrina cultura, no le preservaban de ir a abrazarse con una ruindad que es afrenta aun para el más sórdido

villano. No otra cosa pretendió Benavente al mostrarnos al pobre marqués de "Todos somos unos".

El lacayo Clarín pertenece indudablemente a la tradición del teatro español, pero tiene ajustada equivalencia en el "Puppenspiel", primera adaptación dramática que se hizo en Alemania de la leyenda del doctor Fausto. Como lo indica su título, aquello fue una farsa "guñolesca" de autor o autores desconocidos que fueron componiéndola poco a poco mientras divertían al público con títeres y fantoches, de los cuales el llamado "Pickelharing" o "Kaspar", representaba el elemento cómico que fue predominante, dado el carácter popular del "Puppenspiel".

Personaje capitalísimo en "El Mágico Prodigioso" es el demonio que a esas horas ya se conocía en Alemania con el nombre de "Mefistófeles", palabra de muy inciertos antecedentes etimológicos que en el "Volksbuch" de Spiess se escribe "Mefostofiles" y en el Fausto de Marlowe (1595) se cambia en "Mefostofilis". Calderón de la Barca, se abstiene de darle al demonio una denominación personal, pero le conserva íntegramente el papel u oficio de tentador de acuerdo con la más pura doctrina católica.

Porque ante todo deja bien establecido que la libertad humana puede ser solicitada pero no vencida fatalmente por el influjo y seducción de una potencia extraña. Así dice el demonio:

*"Que aunque el gran poder mío
No puede hacer vasallo un albedrío,
Puede representarle
Tan extraños deleites, que se halle
Empeñado a buscarlos
Y inclinarlo podré si no forzarlo".*

(Escena I; Jornada III)

Por su parte el estudiante cree y sabe lo mismo, y por eso niega sin ambages que a poder de magia pueda rendirse la voluntad de Justina o ser obligada, mal de su grado, a contentar ajenos y torpes deseos.

*"Lo que ofrecí está en mi mano;
Pero lo que tú me ofreces*

*No está en la tuya, pues hallo
Que sobre el libre albedrío
Ni hay conjuros ni hay encantos".*

(Escena XIX; Jornada II)

De todo lo cual se desprende una dubitación muy racional acerca del pacto a que tan ahincadamente aluden el demonio y Cipriano y que se reduce por lo que toca a este último, a dar el alma en cambio de la posesión de Justina. Pacto en extremo inoficioso y de ningún provecho para Mefistófeles, porque, bien miradas las cosas, esa entrega del alma pende por completo de la voluntad del hombre y no significa sino que ella consiente deliberada y perpetuamente en sujetarse al imperio del mal y del pecado. Sólo que esto supone una decisión inmutable, una imposibilidad de arrepentimiento, una impotencia para reformar el arbitrio, que son incompatibles, con la libertad que jamás por jamás podrá ser enajenada por completo y para siempre. Queda, pues, el pacto tenebroso mal seguro, y basta que el estudiante Cipriano se retracte y enmiende para emanciparse ipso facto del vasallaje diabólico. Y se pregunta uno qué tan sandio o qué tan bobalicón ha de ser un demonio que le da importancia a un contrato más que inconsistente por cuanto a la hora menos pensada puede eludirlo y anularlo una de las partes. Parece, pues, que Calderón de la Barca no reparó en que a los demonios siempre se les ha reconocido perspicacia y entendimiento más que humanos, por exigirlo así su condición de espíritus puros. Mas este reparo lo desbarataría fácilmente el gran dramaturgo que sobre ser teólogo de profesión, era también psicólogo de subidos quilates. Nó, el pacto en sí mismo, era una engañifa y estribando en él y sólo en él, Cipriano podría burlarse mil veces del mágico infernal a quien Clarín con harta sorna endilga este apunte:

*".....El pobre caballero
Debe de tener sarna, y hase untado
Con ungüento de azufre";*

(Escena VIII; Jornada II)

lo que había en realidad, era que el demonio calderoniano con gran conocimiento de la época y de las supersticio-

nes y prejuicios reinantes, persuade al estudiante a que firme con sangre de sus venas y con todo el aparato y misterio que eran de uso y costumbre en estos casos, una cédula que en sí misma no vale dos higos, pero que será muy eficaz y acomodada para producir en Cipriano la *obsesión* de que está perdido irremisiblemente. Así lo pedía la credulidad desalumbrada de aquellos tiempos en que prosperaban los tratos y contratos diabólicos, y en que se les atribuía un tremendo carácter de irrevocables y eternos, sobre todo si tenía por objeto la condenación del alma. La obsesión era, en fin, entonces como ahora, preámbulo para la total desesperanza y atadura interior que hacía poco menos que imposible la reforma del hombre y su liberación moral. Talmente lo vemos en este pasaje de "El Mágico":

*Cipriano: ¡Esclavo yo del demonio!
¿Yo de un dueño tan injusto?*
*Demonio: Sí, que el alma me ofreciste
Y es mía desde aquel punto.*
*Cipriano: ¿Luego no tengo esperanza
Favor, amparo o recurso
Que tanto delito pueda
Borrar?*
Demonio: No.....

y oído este "Nó", Cipriano tira de la espada para suicidarse.

Habrà quien repunte exagerado el poder que aquí se le atribuye a la obsesión, talvez, porque el día de hoy no es fácil imaginar un medio o conjunto de circunstancias tan propicio como el de la Edad Media y el del Renacimiento para engendrarla e imponerla. Aun será posible que se tenga por errónea la afirmación de que el Renacimiento vio prosperar, y muy en grande, las supersticiones y consejas relativas a la ingerencia misteriosa del demonio y de sus huestes en los asuntos humanos. Y sin embargo, ahí están para abonar lo dicho las célebres conferencias y disputas que Lutero tuvo con el Maligno, y que él mismo relata con detalles harto pintorescos. Por esos tiempos las gentes se sentían en contacto y vecindad con terroríficos poderes, y --dícelo así Maurice Garcon, gran perito en este linaje de historias--, si por una parte sonaba como mensaje celestial el canto solemnísimó que guiaban y sostenían los

órganos inmensos de las nobles catedrales, por otra se hacía sentir el silbido infausto de la flauta labrada en una tibia que fue música favorita del demonio. Lucifer daba citas en las encrucijadas y audiencias en las espesuras de los bosques, y por las noches, al toque de queda, atrancábanse las puertas medrosamente, porque a esa hora cundían por los aires rumores insólitos y furtivos, y pasaban cabalgando rapidísimamente en una escoba las brujas y hechiceros invitados al aquelarre sabático, a las montañas del Harz, a la Walpurgis clásica. Y no se olvide en punto de demonomanías colectivas y populares, que además de tener muchísimo arraigo, tuvieron también universalidad, pues casi no hubo rincón del mundo occidental en donde no se aposentaran con formas casi idénticas. Por lo que a nosotros toca, puede leerse la sabrosa narración que el P. Cassani hace del "tiempo del ruido" en su historia provincial.

A más de la obsesión con que el demonio perturba a Cipriano, es preciso notar con cuanto ahinco procura enardecerle en el deseo de Justina, con lo cual se significa diestramente que para ocasionar la ruina de un hombre son más decisivas las pasiones propias mal dirigidas que todos los asaltos venidos de fuera; quiero decir que no habrá trampantojo ni seducción exterior que puedan trastornarle mientras el orden y el régimen interiores permanezcan incólumes. Los del estudiante de Antioquía comenzaron a flaquear desde el punto en que resolvió volverle las espaldas a la ley de razón que venía gobernándolo, para dejarse fascinar por deleites apenas entrevistos, y sin cesar magnificados por la imaginación:

*"Moscón, prevénme mañana
Galas; Clarín, tráeme luégo
Espada y plumas; que amor
Se regala en el objeto
Airoso y lucido; y ya,
Ni libros ni estudios quiero
Porque digan que es amor
Homicida del ingenio."*

(Escena XVI; Jornada I)

Frontera a Cipriano está Justina, y como él padece tentación, pero de las más bravías y perturbadoras. Lo es

tanto que conmueve la sensibilidad de la heroína y de allí pasa al más íntimo santuario del alma, donde se quiebra ante la firmeza y denuedo del propósito virtuoso y del dictamen justo. Vanamente acumula provocaciones el demonio, sirviéndose para ello de las cosas que naturalmente se ofrecen a los ojos y que el apetito ingénito puede interpretar al gusto caprichoso de la concupiscencia:

*“De mil torpes fantasmas que en el viento
Su casto pensamiento
Hoy se forme, su honesta fantasía
Se llene; y con dulcísima armonía
Todo provoquemos amores,
Los pájaros, las plantas y las flores”.*

Aquí entra la escena más ingeniosa del drama. El mundo entero se transforma ante los sentidos de Justina en imagen y en grito que pregonan el placer y el amor como supremas glorias de la vida, y la doncella no sólo lo advierte y lo comprende sino que presta su propia voz para que descifre y declare los símbolos de la naturaleza:

*“..... Una vid fue
Que buscando fugitiva
Va el tronco donde se enlace,
Siendo el verdor con que abraza
El peso con que derriba.
No así con verdes abrazos
Me hagas pensar en quien amas,
Vid; que dudaré en tus lazos
Si así abrazan unas ramas
¡Cómo enraman unos brazos!...”*

(Escena V; Jornada III)

Pero una cosa es prestar la voz, y otra negar el consentimiento. Aquello indica la realidad de la tentación, esto la entereza de la voluntad. Lo primero significa con cuanta viveza se hizo cargo Justina del tumulto que dentro de sí misma se desencadenaba y cómo su resistencia no podía ser efecto de apatía, de indiferencia o de ignorancia, sino de altísima razón dominadora de las seducciones inferiores. Lo segundo es demostración del señorío impertur-

bable que vence y se afirma no obstante las vacilaciones y titubeos de los sentidos. En lo uno se considera el tributo común que paga la sensibilidad, y en lo otro se admira el vigor del espíritu que no se allana a sufrir sugerencias que pueden rematar, como sucede en este caso, en torpes compromisos. Todo lo cual se comprende en este pasaje en que Justina habla con el tentador:

*“Pues no lograrás tu intento;
Que esta pena, esta pasión
Que afligió mi pensamiento,
Llevó la imaginación,
Pero no el consentimiento”.*

(Escena VI; Jornada III)

Con esto quedan medio delineados los personajes principales que intervienen en “El Mágico Prodigioso”. Cuál sea su simbolismo, es asunto que se verá otro día.

LUIS SORACTA

